

PROLEGOMENOS

CAPITULO I.

Es bueno que acabes de conocerme, lector. Este primer capítulo concluye de retocarme, y al mismo tiempo pudiera servir como de reja protectora contra los perros que intentasen mordirme.

Yo no quiero quitar ningún *güeso* a nadie. Lo que dije en el artículo que sigue, hace largos meses, ratifico hoy. Soy suficientemente apto para vivir fuera de los presupuestos gubernamentales, y puede que a la hora de los balances supremos resulte que mis modestos servicios han sido pagados con las migajas que desdeño algún imbécil tímido y glotón.

Este artículo, desgraciadamente, sigue siendo de palpitante actualidad.

UN ARTICULO QUE NO TRATA DE NADA.

EN DONDE EL AUTOR CONSIDERA
OPORTUNO HABLAR DE SÍ MISMO

He notado en algunos elementos revolucionarios, con cierta frecuencia—sobre todo en Veracruz—una desconfianza

muy grande para los hombres que pretenden secundar la causa revolucionaria y que se acercan a los directores de la grande obra llevando en sus manos el modesto contingente de su esfuerzo.

Después de que tanto se ha repetido que la República está dividida en dos partidos y que es preciso resolverse por cualquiera de ellos; cuando se ha dicho en todos los tonos que los neutrales serán considerados tan enemigos como los enemigos mismos, la desconfianza hacia los hombres que vienen a ofrecer a la Revolución su ayuda, grande o pequeña, tiene una sola y triste explicación: esos elementos que rechazan sistemáticamente a los hombres nuevos; que les ponen toda suerte de cortapisas; que los persiguen con calumnias; que los miran con desdén y que tratan, a todo trance, de segregarlos de la obra revolucionaria, no son en el fondo sino egoístas temerosos de rivales; no son sino convenencieros que piensan en las tajadas de presupuesto o de influencia que los que llegan pueden arrebatárles. Es mentira que esos elementos, que a sí mismos se titulan *revolucionarios puros*, ignoran que, a la altura a que ha llegado la lucha armada y política en nuestro país, quien se declara por un partido, *habiendo dos*, es porque piensa que es en ese partido donde está la razón, puesto que él se juega todo lo que se puede jugar un hombre en esta lucha sin cuartel, sangrienta y terrible, cuyo fin sólo puede alcanzarse con el exterminio de uno de los dos contendientes.

EN DONDE SE ENTIENDE POR QUÉ
EL AUTOR CONSIDERA OPORTUNO
HABLAR DE SÍ MISMO

El autor es un hombre de veintisiete años, que ha vivido

una vida vertiginosa y varia. Está cansado y tiene el espíritu gravemente enfermo de escepticismo. Ha leído mucho y ha vivido más. Ha disfrutado de algunos placeres, ha ganado algún dinero algunas veces; lo ha gastado; fué vanidoso, fué pendenciero, fué galante, fué desdeñoso de los méritos ajenos; se burló de la inteligencia y de la cultura de los viejos; no creyó en la virtud, y altaneramente paseó por todas partes, durante algunos años, la más grande impertinencia que podáis imaginar. Pero esos años tan neciamente vividos han dejado en el espíritu del autor una suave filosofía, una serena ecuanimidad para todas las adversidades, un sentimiento de justicia preponderante y fuerte metido en el cerebro y una piedad auténtica y sincera por todas las inferioridades y por todas las miserias. Todo esto envuelto en un velo de escepticismo doloroso y triste.

El autor conoce más la vida y la desdén; no la ama como antaño, ni la derrocha con aquella ciega locura.

El autor amó siempre la Libertad; pero amó más otras cosas. Pero desde que en la vida del autor se operó el cambio de que venimos hablando, el autor ama sobre todas las cosas la Libertad y la Justicia.

El autor pensó, y esto desde hace dos años, que la Libertad y la Justicia podrían encontrarse con Carranza, y entonces el autor, que es un hombre consciente, se interrogó a sí mismo, diciéndose: ¿cómo puedes ayudar a Carranza? El autor no sabe si será valiente ni si será cobarde porque no conoce en toda su amplitud el significado de estas palabras, y porque no tuvo ocasión de probarse jamás.

No tenía, pues, motivo para convertirse en soldado con probabilidades de éxito.

Pensó entonces que, siendo su oficio el de periodista, podría en este ramo servir los ideales del pueblo. Y a partir de

entonces, laboró—modestamente, pero algo hizo—en pro de la causa social de la Revolución.

Encontrándose ahora entregado totalmente al servicio de la causa constitucionalista, quiere tranquilizar a los revolucionarios falsamente puros, a esos que, amparados en un necio radicalismo que no entienden, pretenden mirar en cada colaborador que se presenta un posible rival de sus prebendas o un posible candidato a sus productivos cargos.

El autor, desde el punto de vista pecuniario, ha perdido mucho ingresando abierta y resueltamente en el constitucionalismo, porque el autor fué solicitado de la Habana con un buen sueldo en oro; desde el punto de vista de su comodidad, a nadie se escapa que el afiliarse francamente a una causa política en tiempo de guerra acarrea molestias y peligros.

El autor no quiere buscarse relieves de héroe, ni engrandecerse como un mentecato. Pretende tan sólo exponer con sencillez estas verdades sin importancia, porque tratan de llegar a esta conclusión: el autor considera la Revolución como transitoria; cree firmemente que su deber le manda estar con ella, y hace con modestia todo lo que dentro de su órbita puede por el movimiento redentor. Como considera la Revolución como naturalmente transitoria, durante el tiempo que dure trabajará por ella esperanzado en que a su triunfo volverán todas las cosas a su primitivo equilibrio, y entonces él proseguirá su carrera lejos de la política, para la cual le falta cinismo y carácter de intriga.

Piensa el autor que la Revolución es un paréntesis (si bien más largo de lo que muchos se creen). Y como piensa que esta situación es transitoria, y que la causa es justa, le sacrifica sus comodidades y le regala (*no le vende*) sus esfuerzos y su trabajo.

Piensa el autor que cuando esta gran causa social haya

triunfado, el nuevo estado de cosas le brindará, dentro de la paz y del equilibrio, ocasión de labrarse un porvenir dentro de las modestas ambiciones de un hombre enfermo de escepticismo.

Estén tranquilos los *revolucionarios puros*. No pretende el autor disputarles una sola tajada de presupuesto, ni un girón de *productiva influencia*; está aquí sin alardes ni orepes, cumpliendo lisa y llanamente con un deber. Esto no tiene ninguna importancia ni merece parar mientes en ello.

El cansancio de las cosas de la vida abruma el escéptico espíritu del autor, que pide no se le tenga en cuenta y se le deje en su rincón hacer lo que pueda por la causa.

Cuando la tempestad revolucionaria haya concluído, el autor librará de su presencia a los que hubiesen podido verle con recelo.

CAPITULO II.

El huertismo fué como una piedra de toque que daba a conocer a los hombres. Los que después de la traición fueron huertistas eran hombres totalmente bellacos.

La monstruosidad de Huerta era tan evidente que no había posibles argucias para disculpar un partidarrismo tan evidentemente criminal.

Hubo quien en los comienzos del huertismo creyó que la sabiduría misma iba a gobernar. Los hechos probaron que todos aquellos hombres preconizados como lumbreras tenían habilidad profesional e incapacidad política.

Entre todos los hombres que rodearon a Huerta, desde el apolítico Vera Estañol, pasando por Lozano el declamador, por García Naranjo el huero, por Rodolfo Reyes el campeón de los fracasos y por Urrutia, el Marat sin fanatismo, hubo un solo hombre inteligente en política y éste fué el que menos influencia tuvo en el huertismo: Querido Moheno.

La figura es interesante, porque Querido Moheno es un arquetipo de ciertos políticos mexicanos, y su retrato digno de una exposición. Después del retrato, inserto, por ser de interés, la carta que, a causa de su fotografía, me mandó el singular personaje, así como unos pequeños comentarios que, si no están bien, no están mal del todo.

El huertismo fué Huerta: los cola-

boradores de aquel gobierno fueron tímidos y opacos servidores sedientos de rapiña, desdeñosos de una labor que siempre consideraron de fácil interrupción. Estos pequeños ambiciosos vivieron pendientes de las intemperancias y genialidades de aquel dipsómano que abría las puertas de la Tesorería, pero que jugaba al asesinato con una frecuencia capaz de quitar el sueño al ¡ay! ex-crapuloso de Don Federico y al borrachín de Jorgito.

Del tirano inferior, como llamó Bulnes a Huerta, hablo muchas veces en el curso de este libro. De Moheno, única figura de relieve, después de Huerta, dije cuanto pensé en

EL EPITAFIO DE UN CINICO.

En un tren especial, y a ochenta kilómetros por hora, Don Querido Moheno se fué, buscando aires menos tempestuosos y habitáculo más tranquilo.

Don Querido Moheno fué uno de los ejemplares políticos más ruidosos y más dignos de atención por su singularidad.

Don Querido Moheno es el tipo más genuino y puro del cínico. Pero este no es, en nuestro sentir, un defecto, si se considera desde el amplio punto de vista de la moderna filosofía.

Don Querido Moheno surgió a la vida política del mismo modo que vivió en ella: ruidosamente. Publicó un libro que se tituló *¿Hacia dónde vamos?* y después dedicóse, en todas las formas que le fué dable, a conseguir que su figura resultase visible y que su nombre sonase en todas partes. Gritó en el Parlamento en todos los tonos, combatió leyes, ministros, gobernantes y comisarios de policía. Inventó proyectos,

hizo cuentos, relató anécdotas, dió entrevistas superabundantemente y consiguió, en relativamente corto tiempo, ser conocido en toda la República. El primer paso para la conquista de sus ambiciones estaba dado: la popularidad, el nombre, ya lo tenía.

Moheno fué siempre derecho a su *ideal*, llamémosle así tolerantemente. Y su *ideal* era, a pesar de su talento indiscutible, el de todos los hombres de ambiciones vulgares: el dinero y el poder.

Moheno quería ser Ministro a todo trance, a despecho de todas las dificultades; por encima de todos los prejuicios de moralidad o decoro, quería ser Ministro. El deseo le fulguraba en los ojos, emergía mal encubierto de sus labios, se adivinaba en sus gestos, y hasta su manera reposada de andar parecía decir: ved aquí a un futuro Secretario de Estado.

Jamás pensó Moheno —y lo testifican sus innumerables piruetas de criterio y de pensamiento— en la utilidad de las leyes que apoyaba ni en los inconvenientes de las que combatía. Era preciso sonar, que su voz se escuchase en el Parlamento y se difundiese después por la prensa en todos los ámbitos de la República.

Y como este juicio está desprovisto totalmente de apasionamiento, debemos decir que Moheno usó en todas estas campañas en pro de su yo, de un extraño valor civil. Como buen cínico, Moheno sabía, en muchas ocasiones, decir las cosas claras y luminosas.

No cubrió Moheno su ambición inmoderada y evidente con telas de hipocresía y mantos de virtud. Hasta donde el equilibrio político se lo permitía y hasta donde no peligraba la realización de sus aspiraciones, dijo, mondo y lirondo, todo lo que de inmoral tenía su manera de proceder.

Moheno es, por desgracia, el arquetipo de casi todos los

políticos mexicanos. Con vientre de menos o elocuencia de más, todos los profesionales de la política de México se le asemejan y llevan siempre por delante de sus ojos y de su conciencia la menguada visión de su egoísmo.

Es ésta una especie de hombres absolutamente amoral y profundamente nociva a la patria, porque la patria no siempre requiere, para su progreso y engrandecimiento, hombres superiores, sino, preferentemente, bien intencionados, nobles y generosos.

Algo más es preciso decir de este gran cínico: supo comprender los muchos, los incommensurables servicios que debió en su carrera ascendente a la prensa, y tuvo por ella un relativo respeto. Véase, si no, cómo, en el auge de su influencia y poderío, supo resistirse a sí mismo y no perseguir a *Multicolor*, que, en sangrientas caricaturas, pregonó a todos los vientos las superlativas fealdades de este pequeño Mirabeau.

Este artículo se titula *El epitafio de un cínico*. ¿Será efectivamente el epitafio? ¿O este gran aróyata logrará aún, después de tan peligrosa caída, levantarse y ocupar de nuevo puestos encumbrados y productivos?

En este nuestro México, país de las supremas incongruencias y de las infinitas contradicciones y de las inconcebibles metamorfosis, todo es posible, ¡todo!: hasta lo apartado de los dominios de la imaginación puede realizarse. Cosas mayores y más absurdas hemos visto. Sin embargo, se nos antoja que en la losa que cubre el cenotafio político donde ha caído el Sr. Moheno puede el cincel lapidario grabar todas las líneas de este epitafio justiciero.

Aunque el cinismo de Moheno sea indigno de compararse con el de aquel filósofo de la linterna, es de cierto valer. Y permítasenos la inmoralidad aparente de esta moraleja: Si

fatalmente hemos de estar condenados a la privanza de los políticos amorales, ambiciosos y egoistas, prefiramos, siempre, los cínicos a los hipócritas.

Los primeros estan más al alcance de la crítica o la venganza, si a tanto llega su crimen: mientras que los segundos viven en las sombras y, envueltos en su hipocresía, no dejan adivinar la magnitud de su perfidia.

Moheno, equilibrista en todo, supo equilibrar sus inmoralidades y, hábilmente, jamás se deslizó hasta la iniquidad. Por ello, las palabras finales de este epitafio deben ser:

Moheno fué el más cínico de los políticos y el más político de los cínicos. . . .

LA CARTA.

Bahía de Veracruz, a bordo del *Espagne*, el 11 de julio de 1914.

Señor Director de *El Sol*.

México.

Muy señor mío:

He leído con toda calma el artículo titulado *El epitafio de un cínico*, en el cual, piadosamente, me da usted cristiana sepultura política.

De preferencia recojo en él esta frase: «y como este juicio está totalmente desprovisto de apasionamiento. . . » Y bien, señor director, dignese probar su falta de pasión, publicando en el mismo *Sol* estas rectificaciones:

Ante todo, permítame usted fundar en su honradez periodística la seguridad que abrigo de que cuando usted sepa a qué voy fuera del país, cuando usted conozca mi labor en el extranjero, será usted el primero en rectificar el formidable juicio que de mí ha escrito en su diario. No es verdad, se-

ñor director, que vaya yo a Europa; no puedo ir hasta allá porque, ¡asómbrese usted!, ESTE AMBICIOSO DE DINERO, según *El Sol*, ni siquiera tiene para pagar pasajes al Viejo Mundo. Voy solamente a Estados Unidos, donde la existencia de parientes míos me asegura la posibilidad de vivir dos meses (que estaré ausente) con verdadera economía.

Ni menos es verdad que vaya yo de fuga, como lo insinúa en su artículo: para esto me habría venido directamente al puerto de Veracruz, como los señores Urrutia y de la Lama; pero como creí bochornoso poner siquiera por un minuto los pies en tierra violada por el invasor, fuí a dar la vuelta por Coatzacoalcos para evitarme aquella afrenta. Y si salí de México con aparente premura, fué porque partiendo yo el 4, anunciada la salida de este barco para el día 6, de Puerto México, apenas había tiempo para alcanzar el buque: desde el momento en que, por deseo expreso del señor general Huerta, dejé de formar parte de su gabinete, nada me restaba que hacer en México.

Voy á Estados Unidos, repito, buscando un ambiente tranquilo, apropiado para escribir a toda prisa un pequeño libro que titularé *MI ACTUACION POLITICA DESPUES DE LA DECENA TRÁGICA. — Quiénes son los verdaderos asesinos de Madero y Pino Suárez*, en el que diré muchas verdades (usted probablemente las llamará «cinismo»), como lo hice siempre y lo haré mientras viva, de esas verdades que tanto necesita nuestro pueblo y para las cuales está tan poco preparado que hasta las personas de cultura superior, como usted, las confunden con el cinismo: voy, por amor a la justicia y gratitud al general Huerta, a demostrar —a intentarlo siquiera— que él ni fué ni pudo ser el autor de la muerte violenta del presidente Madero y del vicepresidente Pino Suárez; voy, por último, a defender ante el pueblo americano la causa de

México, tan injusta y brutalmente atacada por el presidente Wilson. Hé aquí una empresa, señor director, para la cual sí hace gran falta una considerable dosis de ese valor civil que me hace usted la caridad de concederme y que tan extraño parece a su merced.

Ya podrá usted ver cómo ni voy huyendo ni pienso darme por muerto, a pesar de su prematuro epitafio. Y en garantía de ello, ofrezco a usted estar de regreso muy pronto en el país: cuestión de sesenta a noventa días.

Me atribuye usted como «ideal» la conquista de dinero y de poder: ¡qué bien se ve, señor director, que no me conoce usted sino a través de una mezquina y embustera leyenda! Respecto de dinero, juro a usted que salgo del Ministerio tan ayuno y limpio como Sancho de su gobierno, y en cuanto a «poder», espere a conocer *Mi actuación política* y se convencerá de lo equivocado que anda sobre este particular.

Se me atribuye en su periódico (y la verdad que esto se ha dicho de mí más de una vez) que he realizado innumerables piruetas políticas. Francamente declaro que la lectura de este concepto me afligió por todo extremo, porque vino a demostrarme una vez más lo difícil que es hacer que la verdad ande camino. Se me dice que fuí porfirista, maderista y huertista: ¿hasta cuándo se comprenderá que para nosotros, los hombres de ideas, las personalidades son muy secundarias? Fuí diputado bajo el porfirismo, fuí diputado bajo el maderismo, fuí diputado y ministro bajo el huertismo, y esto ¿qué significa? ¿Es que el célebre diputado español don Rodrigo Soriano, por ejemplo, no es diputado a todas las Cortes, ya gobierne Romanones o Dato, ya manden los liberales o los conservadores?

Para obrar en justicia debiera probármese, o bien que

después de ser el «privado» de alguno de esos magnates le fuí desleal, o que mis principios políticos carecen de fijeza. A lo primero, declaro que no lo fui jamás del general Díaz, según es notorio; que del régimen maderista, no sólo no recibí favor alguno, sino que, a cambio de valiosos servicios, se me colmó de ingratitudes, según en vida confesó varias veces, «córám pópulo», el mismo don Gustavo Madero, y en cuanto al huertismo, sin menoscabo de mi agradecimiento al general Huerta, a cuyo favor puramente debí el llegar a ministro, jamás tuve en su gobierno la menor influencia política.

En cuanto a mis ideas políticas fundamentales, si usted leyó en 1908 mi libro citado por usted mismo *¿Hacia dónde vamos?*, debe usted recordar que ya desde entonces sostuve que la paz definitiva y verdadera sólo vendría en México con el reinado de las instituciones, mediante una serie de reformas de fondo, por cuyo triunfo pugné y seguiré pugnando mientras tenga una tribuna o un periódico para comunicar mis ideas: régimen parlamentario, jurado popular para todo el país, libertad de imprenta, supresión de jefaturas políticas, juicios de responsabilidad, reforma agraria, reforma aduanera y reforma política. Y para defender tales ideas, lo mismo me importa que el presidente se llame, como en el pasado, Porfirio Díaz, Madero, Huerta, o acaso, como en el porvenir, Carranza, Villa o Angeles.

Se sorprende usted de que, no obstante que desde hace un año viva *Multicolor* de explotar mi personalidad, nunca le haya yo perseguido. Ni lo hice ni lo haré jamás con periódico alguno: ni siquiera les guardo rencor. Y esto porque, en primer lugar, tanto como me parece inviolable la vida del simple particular ajeno a la política, la del hombre público pienso que siempre está, de pleno derecho, sujeta al

público examen; y, en segundo lugar, porque creo con el divino Zola que en estas cosas «hay que conceder su parte a la flaqueza humana», aunque esa parte haya de extraerse de un costado en buenas libras de sangre.

Y luego que, lejos de que ello me ofenda, me produce un algo de vanidad. Aquí mismo en el puerto de Veracruz, que estoy contemplando desde la cubierta del barco, aquí donde un grupo de mandrias ha venido a acogerse a la bandera invasora para poder impunemente traicionar a su patria y llenar de cieno a personas y cosas limpias, leí ayer, en una cloaca que se llama *El Dictamen*, un artículo lleno de atroces injurias para mí, escrito por un marrano con hidrofobia. Y puede usted creer que en presencia de aquel menguado e infecundo fruto del odio, no sentí sino un poco de piedad para el pobre diablo que tal escribiera y otro poco de vanidad—preciso es confesarlo—pensando que tales ataques no sirven sino para evidenciar que me encuentro de pie e intacto.

Muy agradecido por la publicación de estas líneas, soy de usted, señor director, su servidor muy atento,

QUERIDO MOHENO

*

**

LOS COMENTARIOS.

Publicamos la preinserta carta del señor Moheno por dos razones: por considerarla de gran interés para el público, y porque es de justicia dar ocasión a que se defienda a quien tan duramente hemos atacado.

La publicación de esta carta no prueba, como pretende el

señor Moheno, el desapasionamiento de nuestro artículo *El epitafio de un cínico*: esta prueba se halla en el texto de la misma epístola del señor Moheno; en su amarga serenidad y en los mismos argumentos empleados por él para refutarla.

El mismo señor Moheno confiesa en su carta que el director de *El Sol* no le conoce personalmente: no podía, pues, tener contra él ningún motivo de resentimiento particular. El director de este periódico es un hombre joven que comienza a luchar resuelta y desinteresadamente (como empiezan siempre los jóvenes), en el campo periodístico; se propone hacer del periódico que dirige el más fiel, honrado y sincero servidor del pueblo. Tiene para ello su entusiasmo, una gran dosis de buena fe, energías y a su lado un grupo de hombres mozos, como él, bien intencionados, como él, y sin antecedentes, como él.

Ni el director de *El Sol*, ni ninguno de los que forman la redacción de este periódico, conoce personalmente a ninguno de los políticos militantes, ni quieren conocerlos, y evitarán hasta el estrecharles la mano, para que su criterio no tenga cortapisas de amistad ni valladares de cortesía.

Queremos estar lejos de los hombres y cerca de los políticos; es decir, ignoraremos sus domicilios y conoceremos bien sus ministerios. Y así colocados, siempre a distancia, como estamos ahora, creemos garantizar la honradez y serenidad de nuestros siempre bien intencionados juicios.

No hemos afirmado en *El Epitafio de un cínico* que sea el señor Moheno dueño de una gran fortuna. Dijimos que era ambicioso de dinero, y el hecho de que no lo tenga, no prueba que no desee tenerlo. Por lo demás, y a fuer de verídicos, debemos decir a usted, señor Moheno, que por ahí se dice que algunas propiedades de su pertenencia halláanse registradas a nombre de un miembro de su familia.

Dice usted que no salió de fuga, puesto que no se dirigió a Veracruz, sino a Puerto México. Y verdaderamente no entendemos por qué tan sólo los que se van por Veracruz son los que llevan prisa. Sin embargo, como el general Huerta exigiera a usted su renuncia, reconocemos esto como un atenuante.

Al anunciar la publicación de su próximo libro, nos dice que dirá en él muchas verdades, que nosotros probablemente llamaremos «cinismo». El cinismo es la expresión impúdica de la verdad, o, mejor dicho, la expresión de las verdades impúdicas. Podrán ser, pues, sus palabras cínicas verdades; pero debemos advertir que al referirnos a su cinismo más fué para elogiarlo que por vilipendiarlo.

Y viene después la parte más vulnerable de su escrito: declara usted que no ha realizado piruetas políticas, porque «¿hasta cuándo se comprenderá que para nosotros los hombres de ideas las personalidades son muy secundarias?» Y esas ideas, señor Moheno, preguntamos nosotros, ¿pudieron desarrollarse y pugnar por su conversión en obras bajo regímenes tan antagónicos y fundamentalmente diversos como el porfirista, el maderista y el huertista? ¿Era posible intentar cualesquiera labores de mejoramiento o reforma en la Cámara del Silencio—la porfirista—y en el Ministerio de la Impotencia—el huertista—? Y conste que llamamos así al ministerio del general Huerta, porque usted mismo confiesa que en él no tuvo jamás influencia política.

Y arguye usted después, pretendiendo robustecer sus conceptos: «¿Es que el célebre republicano español don Rodrigo Soriano, por ejemplo, no es diputado a todas las Cortes, ya gobierne Romanones o Dato, ya manden los liberales o los conservadores?»

Ante todo, señor Moheno, un detalle insignificante: nin-

guna de las credenciales del señor Soriano le fueron puestas bonitamente en el bolsillo por Su Majestad Alfonso XIII; y después otro detallito sin importancia: el señor Soriano ha sido SIEMPRE diputado republicano. Siendo fiel a su partido, ¿qué podría importarle entonces que gobernasen Romanones o Dato, dado el régimen político de aquel país?

Si se hubiese usted referido a don Francisco Romero Robledo. Pero a Soriano

Y termina el párrafo donde usted intenta defenderse de sus cabriolas políticas:

«Y para defender tales ideas, lo mismo me importa que el Presidente se llame—como en el pasado—Porfirio Díaz, Madero, Huerta, (¿Huerta en el pasado, señor Moheno?), o acaso en el porvenir Carranza, Villa o Angeles.»

Si fuéramos de mala fe, señor Moheno, diríamos: esta frase es el trampolín para su próxima pirueta política.

Lo que dice usted de la prensa es cierto, y lo honra.

Concluye usted diciendo que se encuentra de pie e intacto. ¿Físicamente? Porque políticamente, pese a su talento indiscutible, debe usted desaparecer de la vida pública de México, porque este pueblo pide más un corazón rebosante de piedad, que un cerebro fulgurante de inteligencia.

CAPITULO III.

Carbajal tiembla.

Los subsecretarios huertistas que le rodean conocen el miedo, lo tratan de cerca y pueden informar de sus costumbres.

Obregón a las puertas de la ciudad es un misterio montado en un caballo.

En torno de la robusta cabeza del joven guerrero se tejen leyendas y consejas:—Es un Alarico. Es un profeta Elías. Mata a cuantos encuentra. Acaricia a los niños. Trae cincuenta mil hombres vestidos de pieles de tigre, feroces y hambrientos como lobos.

La Revolución ruge a las puertas de la ciudad como un huracán.

En todas las bocas hay interrogaciones; en todos los ojos ansiedad; en todas las manos impaciencia; en todas las conciencias sobresalto.

Eduardo Iturbide, Gobernador del Distrito, después de resuelta la disolución del ejército, tiene un bravo gesto y sale al encuentro del fantasma.

Vuelve con vida y con informes: las tropas parecen disciplinadas; Obregón habla bien y piensa con energía; pero con equidad y con serenidad.

Jamás, como entonces, la ciudad sintió tales tormentos; jamás lo desconocido la turbó tanto. Nunca co-

mo en aquellos días el misterio sembró desconciertos y temores.

¿Quién llega así, con tal ímpetu y mudez tan desconcertante y trágica?

Cuando la ciudad se hacía esta pregunta, el autor escribió.

LO QUE CONTESTO EL DUQUE DE LIANCOURT

A LUIS XVI.

El pueblo de París, ebrio de santa cólera, había tomado la Bastilla en un asalto glorioso, y a Versalles llegaban las más contradictorias noticias respecto al movimiento popular iniciado en la capital. Luis XVI, el apático monarca, a pesar de las nuevas huracanadas que llegaban a cada instante, disponíase a dormir tranquilamente sin modificar en nada sus costumbres. Sentado en el borde del lecho y entre dos bostezos, preguntó al Duque de Liancourt, que trataba de explicarle la situación:

—Pero qué, ¿es un motín?

—Señor, ¿es una revolución!

La ciudad de México, no amodorrada ni somnolienta, pero sí profundamente desconcertada, y en parte casi enloquecida por el terror, pregunta también qué es lo que se acerca y qué va a suceder.

Y nosotros, como el Duque de Liancourt, le contestamos: no es un motín, ni una sublevación, ni una asonada: es una revolución.

En principio, en términos generales, una revolución es una sublevación unánime de un pueblo, justificada siempre y fundamentada en causas de indiscutible legitimidad humana.

Una revolución no fué la que tuvo su origen en el Plan

de Tuxtepec, ni el cobarde cuartelazo de la Ciudadela, ni la maderista, que no tuvo tiempo de convertirse en tal; una revolución es—lo repetimos—un movimiento unánime, arrollador, destructor, brutalmente justiciero y tremendamente indisciplinado.

La Revolución Constitucionalista es una revolución—y no principalmente ni siquiera secundariamente por ser constitucionalista ni por sus propósitos vengadores: su raigambre es mucho más honda y mucho más fuerte.

¿Dónde, si no en las más puras fuentes de la justicia elemental, fundamental de la humanidad, bebieron estos hombres, la masa arrolladora de la revolución, la energía singular que les hizo desafiar la muerte, y la inquebrantable voluntad de la fe?

La revolución que toca a las puertas de la capital es una revolución, y debe, como tal, tener ciertas desorganizaciones, porque el pueblo es, por su misma grandeza, un poco caótico, un tanto irreflexivo; porque las multitudes son insensatas; porque sus actos no son jamás hijos del razonamiento que pide serenidad. Los actos populares los mueve la fe, la convicción, el sentimiento, y esto sin que llegue a definirse ni precisarse en su espíritu; la fuerza que los impulsa es para ellos desconocida; obran como por inspiración: cada hombre parece haber recibido en sus oídos una sagrada e inviolable consigna, todos sienten la misma cólera, iguales anhelos, semejantes impulsos.

Y cuando un tal movimiento se siente investido de la consagración que le da la justicia, camina derecho a su tremenda finalidad y no mira obstáculos ni en la vida de los hombres, ni en las más vetustas instituciones, ni aun en las leyes preconizadas por los siglos.

Y una revolución en un pueblo es algo fatal, irremedia-

ble, que puede retardarse, aplazarse y hasta atenuarse; pero que tiene que llegar diciendo: hé aquí la montaña que han formado los sedimentos de las pasadas y largas injusticias.

Y frente a la revolución que se forma callada, casi imperceptiblemente, en las sombras, se ponen los despotismos erizados de acero que van acumulando fuerzas para la revolución que, incontenible, ha de estallar al fin.

Y cuanto mayores son los obstáculos y mas larga la gestación, más fuerte es el movimiento equilibrador que ha de surgir.

La revolución no ha premeditado ningún proyecto de venganza concreto, definido, preciso; ella presiente que tiene que vengar muchas injusticias, no agravios; que tiene que derrumbar prejuicios; que tiene que demoler instituciones; que tiene que despedazar legislaciones y que tiene, después, que hacer todo aquello que, dentro de las relatividades humanas, puede darle la relativa felicidad.

No sabe bien cómo hará todo esto. Siente que su obra habrá de realizarse, y que lo mismo acabará su empresa que la hubo en peizado; así, sin discutirla ni plantearla de manera concreta; sintiéndola; anhelándola.

Ve, por atavismo, el muro siniestro de l'pasado corroído de ignominia y vacilante ya de podredumbre, coronado de hiedras arcaicas y agujereado aún por las feudales aspilleras, y siente que mueve manos para la santa destrucción la fuerza incontrastable del progreso.

Y todo ello lo siente tumultuosamente, vagamente, como germina siempre la visión de una obra grande.

Y la obra definitiva de la revolución surgirá llena de lozanía después, como tras el desbordamiento de caudaloso río, emerge en las riberas la siembra vigorosa y fecunda.

CAPITULO IV.

Al día siguiente de la entrada de los revolucionarios, los palacios de ciertos magnates populares por la privanza de que gozaron bajo la tutela del espadón porfiriano fueron ocupados por los generales victoriosos.

Entonces el autor pensó el artículo que sigue; artículo que no se atrevió a escribir en aquellos días y que publicó más tarde en *El Pueblo*, de Veracruz.

ROBESPIERRE EN LA CASA DEL DUQUE DE ORLEANS.

Esa voz huracanada de las multitudes que falla inapelablemente y dictamina sus juicios sin errar jamás, señaló en México en los tiempos de Porfirio I los nombres de los hombres funestos a la Nación.

En el más remoto pueblo eran conocidos los privilegios de Ignacio de la Torre, las inmoderadas concesiones de Macedo y los infinitos latrocinios de Inigo Noriega.

Los palacios de aquella turba insaciable de magnates eran señalados por todos, y su ostentosa apariencia les granjeó popularidad y odio concentrado.

Cada uno de aquellos palacios de marmóreas escaleras, cada uno de aquellos salones inacabables de artesonados co-